

LA PASIÓN POR DIOS VIVIDA EN LA COM-PASIÓN POR LAS VÍCTIMAS. ESENCIA DE LA VIDA RELIGIOSA

La vida religiosa en Europa está gravemente enferma, si no moribunda. Está desapareciendo de la percepción pública y adentrándose en la invisibilidad. Si las estadísticas tienen razón llegará a ser una nota marginal en el paisaje europeo. Los ayer constructores de los fundamentos de la cultura europea se convierten hoy en recuerdo histórico. Además, muchas veces, parece que se ha perdido la “mística” propia, la inspiración, el sentir de una dinámica que sustenta y empuja, que atrae y hace vibrar con satisfacción y gozo, tanto a los individuos como a las comunidades.

Revista Latinoamericana de Teología XXVIII (2011) 225-236

Punto de partida: la situación actual de la vida religiosa

La “vuelta a los fundamentos, a la fuente del propio carisma” fue el lema del Vaticano II para la vida religiosa. Muchas congregaciones hemos vivido este proceso de renovación de forma intensa y sincera. Pero la crisis es tan radical y general que no basta con volver a los fundadores.

La vuelta a los orígenes

Necesitamos volver al principio de toda vida religiosa y de todo cristianismo. Este principio es Jesús y, como nos enseñó Karl Rahner, “principio” es más que un comienzo temporal. «Es lo que contiene el “todo en germen”».

La vuelta al origen nos ofrece una primera sorpresa: en los inicios del movimiento de Jesús no hay ninguna “vida religiosa”. Jesús no fue monje, tampoco sus discípulos. Desde su origen, el cristianismo no ha sido una religión monacal, como lo es, por ejemplo, el budismo. Pasaron siglos en el cristianismo, hasta que aparecieron los primeros anacoretas.

Además, la ambigüedad de los orígenes del monacato es obvia. No se puede negar la influencia gnóstica. En la “*fuga mundi*” de los “padres del desierto” se deja notar un dualismo que rechaza la “realidad externa” y que también afecta al cuerpo humano. Con frecuencia está transida de una obsesión enfermiza por reprimir la sexualidad. Nos encontramos con ideales de ascesis que tienen poco

o nada que ver con el camino de Jesús. Todo ello ha dejado huellas profundas y deshumanizantes en el cristianismo.

También es verdad que la masiva “*fuga mundi*” de los anacoretas, estos personajes extravagantes del siglo IV, tiene otros rasgos. Es la enérgica protesta en contra de una iglesia imperial y en contra de su matrimonio con el poder. La iglesia dejaba de ser una minoría perseguida y se encontraba en un acelerado proceso de adaptación a la cultura dominante. Esto significaba una distorsión de su esencia y de su mensaje con graves consecuencias. Deja de ser una iglesia martirial y se va convirtiendo en parte de un mundo que produce víctimas, o las tolera como “daño colateral”. A pesar de todo, el éxodo al desierto tiene que ver ciertamente con Jesús.

Parfraseando a Johann Baptist Metz, el cristianismo es una “rebelión juvenil” dentro de una religión envejecida. Se rebela contra un sistema religioso que pacta con los poderes políticos, sin preocuparse por los explotados económicamente y los marginados socialmente. Jesús recordaba, con plena autoridad, a la religión judía sus propios orígenes: la experiencia de un Dios que saca de la esclavitud y no tolera ninguna divinidad que legitima el dominio y la represión.

Cristianos son aquellos que viven a la manera de Jesús. Arriesgan sus vidas al lado de los vulne-

rables y de los excluidos. Desde su origen la iglesia tiene un único derecho de existir: hacer presente el evangelio como realidad salvadora y liberadora de las realidades que afligen y esclavizan. Los primeros monjes aparecieron en este momento histórico, cuando la iglesia había empezado a traicionar su propia esencia.

Johann Baptist Metz definió la vida religiosa como “terapia de *shock* del Espíritu Santo para la iglesia”. La vida religiosa tiene que ser el aguijón, la molestia permanente de una iglesia que hace la paz con los poderes de este mundo. En una iglesia aburguesada la vida religiosa tiene que reclamar las raíces evangélicas y la radicalidad del seguimiento de Jesús.

Los religiosos europeos no se parecen a un ejército de jóvenes rebeldes. Parece más prudente hablar en voz baja y comportarnos discretamente. Si la vida religiosa no provoca ningún escándalo ni irritación por su voz profética -ni dentro ni fuera de la iglesia- algo anda muy mal.

Nueva creación por parte del Espíritu en los quiebro de la historia

Encontramos esta dinámica de los comienzos del cristianismo en los momentos iniciales de todo arranque histórico. En las rupturas de la historia y en los quiebro de las culturas encontramos una

iglesia apegada a la cultura dominante, que junto con ésta entra en crisis. Así ocurrió con el derrumbe del Mundo Antiguo y el surgimiento de los pueblos bárbaros; o en los siglos XII y XIII con el ascenso de las ciudades medievales y su acumulación de riqueza. En las convulsiones de transición la vida religiosa se ha mostrado como “el truco del Espíritu Santo” contra el peso de la institución aferrada a un mundo que se hunde. Entonces algunos se han atrevido a salir de las formas ya obsoletas y volver a los inicios. El Espíritu se ha servido de ellos para la “nueva creación” de una comunidad de hermanos en la que se hace presente Jesús con nueva frescura e inmediatez.

Hoy nos encontramos en una situación de convulsión profunda, crisis y conflicto. La configuración social e institucional de la iglesia ha envejecido y también la vida religiosa. Ya no responde a las exigencias del mundo real ni a la miseria y aflicciones de los seres humanos. El primer paso sería reconocerlo con sinceridad y sin mucha nostalgia. Que la iglesia y la vida religiosa tengan futuro depende de una “nueva creación” por parte del Espíritu. El “*ars moriendi*”, el arte de no aferrarse a lo ya conocido y liberarse de la preocupación por el futuro propio es el primer paso para que el Espíritu pueda hacer resurgir nueva vida de los huesos secos.

Todo intento por “asegurar” la identidad del cristianismo -y de la

vida religiosa- está condenado al fracaso. La iglesia, por sí misma, no es nada. No tiene una misión, sino simplemente es misión, un ser desde Otro y un ser para los otros. El peso de la institución y la tentación de “espiritualizar” el evangelio es el peligro perenne de traicionar su ser más íntimo. Luchando por sus propios intereses la iglesia es “incapaz de ser representante de la palabra reconciliadora y salvadora”.

Frente a este peligro el Espíritu suscita a religiosas y religiosos a ser espinas en el cuerpo eclesial, “memoria peligrosa” de lo que significa ser cristiano. Liberarse de la preocupación por la propia identidad y supervivencia, entregarse al misterio en la entrega a los otros, sentir la “pasión por Dios vivida en la com-pasión por las víctimas”, constituye la esencia de la vida religiosa.

Contra el docetismo en la vida religiosa: a favor de una mística de “ojos abiertos”

Un altruismo abstracto no es suficiente. Solemos ser víctimas de un autoengaño piadoso y respondemos a un mundo que ya no existe. Lo que nos saca de la irrealidad y de nosotros mismos es aventurarnos en el mundo real, entremezclarnos con personas vivas y sus aflicciones y necesidades concretas. Nos cuestionarán y sacudirán los fundamentos de nuestras ideologías. Este proceso va acompañ-

do de miedos, sufrimientos y todas las formas de “desolación”. Vivir con los otros de verdad exige entregarse a relaciones, y esto nos transformará profundamente. Abnegación, liberarse del propio yo, perder la vida para encontrarla, nada de eso es el “arte por el arte”.

La vida religiosa es “buscar a Dios”. Pero si esta búsqueda es cristiana nunca alcanzará su objetivo alejándose y liberándose del mundo real. Erich Przywara escribió: “No se topa uno con Dios cavando fosos en el alma humana”. Buscar a Dios en la introspección siempre estará expuesto al autoengaño. El primer paso para el encuentro con Dios es el choque con lo real. Toparse con Dios es toparse con la cruda realidad que se resiste a manipulaciones y hace que se derrumben mis ideas y conceptos de Dios. Jon Sobrino confiesa: “Me topé con el cristianismo en Aguilares, a 30 kilómetros de San Salvador, el 12 de marzo de 1977. Rutilio Grande fue asesinado con dos campesinos. Ese día... *irrumpió* un cristianismo que yo nunca había vivido ni sospechado”.

La realidad resiste nuestras manipulaciones y hace trizas nuestras ideas y conceptos de Dios. En su poema más corto, Pedro Casaldáliga lanza este grito fundamental: “Todo es relativo menos Dios y el hambre”.

El camino para acercarse al misterio del Dios vivo es el misterio del ser humano. Este “otro”

nunca se puede reducir a ser copia de mí mismo. Es el no conocido, el ajeno, muchas veces de una manera que me asusta y me da miedo. El “otro” se opone a todo tipo de apropiación por mi parte. Alguien que cuestiona mi propia identidad de manera radical y amenazante. “Si uno dice: ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso. Si no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.” (1 Jn 4, 20)

Johann Baptist Metz ha definido la mística cristiana como una “mística de ojos abiertos”. La experiencia cristiana de Dios es un despertar de nuestros sueños a este mundo real creado y amado por Dios, pero desfigurado y destrozado por una desigualdad escandalosa; a este mundo en que miles y millones sufren hambre, se encuentran amenazados por la violencia y mueren una muerte prematura. ¿Cómo trasladar la parábola del buen samaritano a un contexto globalizado? No es *uno* el que ha caído en manos de ladrones. Es una parte decisiva de la humanidad la que ha caído en manos de los agiotistas en las bolsas, de los traficantes de armas y de los que simplemente se mueven por la codicia. La mística de la pasión por Dios no tiene otra salida que transformarse en “mística política”. Metz habla de un imperativo categórico que se impone al ser humano, que se resiste a cerrar los ojos: “Mira con atención y sabrás”.

“El hombre no puede verme y seguir viviendo” (Ex 33, 20). Bus-

car seriamente a Dios es una aventura exigente y peligrosa. La “noche oscura” y la “muerte mística” no son estados raros del alma humana. Expresan el exponerse ante Dios en la realidad de este mundo. Nelly Sachs, una de las sobrevivientes de Auschwitz dice en uno de su poemas: “Solo algunos de los grandes desesperados/ amaron tanto/ que hicieron saltar, hecho pedazos, el granito de la noche”.

“Cristiforme” en la solidaridad activa con los pobres

“El cristiano del futuro será místico o no será”. Estas palabras de Karl Rahner expresan una verdad profunda y decisiva. Pedro Casaldáliga ha dado un paso más y las ha precisado desde los pobres: “El cristiano del futuro o será pobre -solidario con los pobres- o no será. Ya en el siglo XXI un cristiano o cristiana o es pobre y/o aliado visceralmente de los pobres o no es cristiano, no es cristiana. Ninguna de las notas de la iglesia se mantiene en pie si se olvida esta nota fundamental, la más evangélica: la opción por los pobres.”

Pedro Casaldáliga insiste en dónde y cómo se realiza el encuentro con Dios. No se puede buscar seriamente a Dios sin entregarse a la lucha por un mundo más justo e igualitario. “Hacer justicia al pobre y oprimido es conocer a Dios

de verdad” (Jr 22, 16). En la biblia “conocer” es siempre el encuentro en la profundidad de la persona, la entrega total al otro. Nadie puede encontrarse con Dios si no se hace sensible a su presencia en los desprotegidos y en las víctimas. Y esta presencia lleva por sí misma a la acción.

Es una mística de la acción, no del activismo. No sirve caer en fanatismos o posturas agresivas, ni en desesperación y apatía. El camino es aceptar con sencillez nuestras limitaciones y las posibilidades de nuestra actuación. Activar toda nuestra energía para actuar a la manera de Jesús. Un proceso de transformación del centro de nuestra persona para que sea siempre más cristiforme. Esta actividad, que exige todas nuestras energías, es al mismo tiempo dócil ante el actuar de Dios en nosotros. Este proceso es una transformación radical, un morir del sí mismo de verdad. Si la experiencia es auténtica está transida de gozo y alegría, aunque a veces de alegría con lágrimas.

“La autoridad de los que sufren”

Jesús lo hace todo en sintonía con el Padre. “Yo no hago nada por mí mismo... El que me ha enviado está conmigo y no me deja nunca solo, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Jn 8, 28 s.) ¿Cómo saber que de verdad hacemos lo que le agrada al Padre? En la con-

cepción tradicional de la vida religiosa era relativamente simple. Obedeciendo a la autoridad de la iglesia cumplimos la voluntad de Dios. ¿Corresponde de verdad al carisma de la vida religiosa y a su vocación profética? Parafraseando a Metz, la mediación de la autoridad divina es, ante todo, la “autoridad de los que sufren”. Los que mueren de hambre o por causa de la violencia, los migrantes y los presos políticos; en fin todos aquellos de quienes habla el pequeño apocalipsis en el evangelio de Mateo (capítulo 25) son la autoridad máxima. Ninguna instancia, tampoco la más alta en la iglesia, está por encima. Una obediencia y un amor adulto saben que la vocación más noble de la vida religiosa es someternos a la autoridad de las víctimas y reclamar proféticamente que toda la iglesia tiene que configurarse desde esta autoridad. Si no lo hace, está deformando el rostro de Jesucristo

Misión: moverse desde el centro hacia la periferia

En tiempos de crisis de la iglesia el Espíritu prefiere irrumpir desde los márgenes, a veces incluso bajo sospecha de herejía. Los comienzos del monacato se realizaron al margen de la gran iglesia. Así sucedió también en el movimiento de pobreza del siglo XIII –y el ojo de la inquisición estuvo dirigido hacia un buen número de fundadores.

La misión es una dinámica centrífuga. Es un movimiento hacia los marginados para hacerse sacramento de comunión, instrumento de inclusión de los excluidos. Si la vida religiosa mantiene viva esta dinámica, su lugar propio es la marginalidad. Por el contrario, su gran tentación es pertenecer al centro o convertirse en centro. Cuando la vida religiosa se deja llevar por el anhelo de participar en el poder o se deja domesticar por las estructuras eclesíásticas, ya no sirve como sal ni tiene sabor. Lo primero es más la visión masculina de la tentación y por eso Ignacio de Loyola exige de los jesuitas una promesa: no solicitar ni aceptar jamás ninguna dignidad eclesíástica. Las mujeres no necesitamos tal promesa. En cambio, traicionamos a veces nuestro carisma cuando queremos sentirnos queridas y aceptadas por el centro y nos establecemos como soporte del sistema.

Según Jon Sobrino, la marginalidad significa “desierto, periferia y frontera”. El ambiente “natural” de la vida religiosa es allá donde nadie quiere dirigirse, allá donde se encuentra impotencia y donde hay que arriesgar la propia vida, “donde más necesaria sea la actividad profética para sacudir la inercia o para denunciar con más energía el pecado”. Nuestro mundo no es un lugar inocente. Los religiosos tenemos que arriesgarnos a favor de los más vulnerables y realizar así nuestra entrega al misterio de Dios.

Menos cordura y más locura, o el éxtasis místico

La vida religiosa no es esencial para la iglesia. Por esto puede concederse el lujo de responder con libertad a las situaciones del mundo que gritan en busca de redención. No tenemos que portarnos como monaguillos del sistema eclesial. La iglesia merece nuestro amor adulto y no un servilismo infantil. Ni las estructuras eclesiológicas ni las tradiciones petrificadas de la vida religiosa tienen que definir nuestro ser y nuestra acción. Esto lo define la docilidad de sintonizar nuestro actuar con el actuar de Jesús. Cantamos la gloria de Dios al arriesgar las “exageraciones insostenibles” del evangelio. Dietrich Bonhoeffer nos dice: “¿Cómo justificar nuestra demente arrogancia para situarnos más allá de las cosas materiales que el mismo Cristo vio y tomó absolutamente en serio? Tenemos que acabar con esta espiritualización hipócrita y engañosa del evangelio [...] ¿No es realmente cínico hablar de consuelo celestial porque no se quiere dar consuelo terrestre? [...] ¿No muestra esto que, en el fondo, no se toma en serio la miseria, sino que se la esconde tras frases piosas?”

Estemos dispuestos a encarnar el amor de Dios en este mundo

real. Si lo hacemos de verdad, esto va a sacudir y transformar la vida religiosa que conocemos y que hemos vivido hasta ahora. “Orden” indica algo ordenado, todo en su sitio, bajo control. ¿No es esto lo contrario de la entrega? ¿Y no trae consigo el peligro de la esterilidad? Renunciar al *status*, liberarnos de la propia importancia, podría ser el comienzo de una libertad desconocida y de una nueva fecundidad y alegría.

La mística cristiana es una mística del camino. Caminando tras Jesús, arriesgándonos como él por nuestros hermanos, abandonándonos al misterio de Dios. “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar” dice Antonio Machado. Sin embargo no es un camino en soledad sino el caminar de un pueblo. Estoy en camino junto con mis hermanos más vulnerables que se convierten en guías hacia el misterio de Dios. Desde el tercer mundo Pedro Casaldáliga responde a Antonio Machado:

Haz del canto de tu pueblo
el ritmo de tu marchar.
Sacude el largo letargo,
deja nostalgias atrás.
Quien camina en la esperanza
Vive su mañana ya.

Condensó: **CARLES PORTABELLA, S.J.**